

vaje naturaleza del terreno, á los peligros del clima, para los extranjeros mortal.

La invasión amarilla, detenida así, se dividió en dos ramas, una de las cuales remontó el valle del Ganges, mientras la otra continuó su marcha hacia el Sur siguiendo las costas del golfo de Bengala.

De los primeros cruzamientos entre los conquistadores asiáticos y los negros de la India resultaron las poblaciones llamadas protodraavidianas que se consideran como casi autóctonas, dada la preponderancia del elemento primitivo. Nuevas oleadas de invasores rechazaron á su vez estas poblaciones hacia las montañas y se esparcieron por toda la parte meridional, preparando otra serie de combinaciones entre las razas. No realizándose esta vez la unión directamente con los negros, sino con los protodraavidianos, dió origen á pueblos que se alejaron más del tipo primitivo y que se llaman draavidianos ó tamules.

Si se considera, pues, á grandes rasgos la influencia de la invasión amarilla sobre las razas de la India, se verá que esta influencia predomina al Norte, en el valle del Brahmaputre, donde se aglomeraron sin duda durante siglos las multitudes que envió el Asia oriental. Los habitantes de Assam, en número de dos millones, pertenecen á la raza amarilla casi absolutamente pura. Bengala, si bien ofreciendo una población mezclada en extremo, conserva huellas profundas de esas primeras invasiones que debieron esparcirse sin obstáculo por sus fértiles llanuras. A medida que se desciende hacia el Sur, bordeando el golfo de Bengala, se ve el elemento amarillo perderse cada vez más en el seno de las antiguas razas negras; se lo reconoce mejor en el Norte, en los Sontales, por ejemplo, que en los países montañosos del centro, en que los khondas, los maleres y los gondas continúan más próximos al tipo primitivo y donde acaso se hallarían aún auténticos descendientes de los negritos de las antiguas edades.

En fin, en la India meridional, desde Godavery hasta el cabo Comorín, viven las numerosas poblaciones draavidianas, con sus

diferentes grupos, entre los cuales son los más importantes el grupo tamul y el grupo telegú. Representan la mezcla de los pueblos amarillos con los negros, á la que vienen todavía á unirse más tarde otros elementos y sobre todo el turanio.

Antes de hablar de las invasiones turanias venidas por el



Tipos indos del siglo II antes de nuestra era. (Copia de unas estatuas de Bharhut.)

Oeste de la India, y para acabar con las razas amarillas, diremos que los habitantes de las altas mesetas del Himalaya y de los valles situados entre esta cordillera y el Karakorum, si se exceptúa el de Cachemira, son thibetanos, muy análogos á sus vecinos de la China occidental. Aquí, empero, no tenemos que cuidarnos de los resultados de una invasión violenta y repentina. Esos valles y esas mesetas son menos parte de la India que

del Thibet desde el punto de vista geográfico, y los pueblos que los habitan tienen el mismo origen, las mismas costumbres, la misma religión que los de ese último país. El Ladak, el Dardistán, el país de los Baltis, el Bhután y una parte del Nepal están ocupados por thibetanos, de salientes pómulos y ojos rasgados.

Mientras no pueden referirse á ninguna época exacta las invasiones que penetraron en la India por la *puerta turania* y no se ve descender á ningún invasor desde el principio de los tiempos históricos por ese camino, se conocen la fecha y los detalles de muchas de las invasiones que vinieron del Asia occidental y franquearon la *puerta aria*. Piérdense también, sin embargo, las más remotas en la noche de los tiempos y no son conocidas, como las de los pueblos amarillos, sino por sus resultados etnológicos.

Los turanios son los invasores que más han transformado en lo físico las razas de la India, y los arios los que en ellas han dejado marcadas huellas civilizadoras más profundas.

Puede en general decirse que las poblaciones del Indostán tienen de los primeros la fisonomía, las proporciones del cuerpo y deben á los segundos su lengua, su carácter, su religión y sus costumbres. Ciento setenta millones de indos hablan lenguas arias, y no obstante sólo una escasa fracción de esta multitud tiene conexión por la sangre con la raza blanca pura.

Los turanios vinieron los primeros. Establecieron desde luego su dominación por toda la cuenca del Indo y en una parte de la del Ganges; después, á medida que se acrecentó su número por la llegada de nuevas expediciones, avanzaron más en el interior de la península y penetraron, en fin, en el Dekkán. Ante ellos, como en otro tiempo ante los pueblos amarillos, prodújose un retroceso, y las poblaciones que atacaron, débiles para resistirlos victoriosamente, se refugiaron en masa en las regiones montañosas y en los bosques que forman el centro del Dekkán.

En el elevado macizo del centro es donde, ya lo hemos dicho, es necesario buscar los últimos representantes de los pobladores

primitivos de la India, protodravidianos ó negros puros. El más numeroso é importante de esos pueblos de antiguo origen lleva el nombre de Kole. Ocupa el Chota Nagpore en la alta cuenca del Mahanuddi y se divide en numerosas tribus más ó menos indianizadas; pero los verdaderos koles, en número de un millón aproximadamente, no han adoptado aún ninguna de las costumbres ni de las creencias de los dravidianos que habitan los valles y las llanuras.

Las denominaciones de *grupo kolariano*, *lengua kolariana*, tomadas del nombre del más notable entre los pueblos autóctonos, se extienden á la mayor parte de los habitantes y de los idiomas comprendidos en la región montañosa que atraviesa la península desde el golfo de Cambay hasta el Ganges. Hacia el Oriente de esta zona es sobre todo donde aparecen en gran número y sin mezcla los pueblos primitivos. Hacia los orígenes del Brahmani, al Norte del Mahanuddi, viven los duanges ó «gentes de la selva,» que se llaman á sí mismos los hombres más antiguos y son del todo salvajes.

Acabamos de hablar de la lengua kolariana. Apresurémonos á añadir que las lenguas no pueden servir aquí más que en otra cualquier parte para la delimitación de las razas; el pueblo que habla el más puro idioma kolariano no es de ningún modo un pueblo autóctono, es el grupo de los Sontales, influidísimo por el elemento amarillo. En cuanto á las lenguas dravidianas, dominan en el Sur, y, sin embargo, no es allí donde es preciso buscar los más numerosos representantes de la raza asiática oriental que las importó á la India. Hemos visto, en fin, que mientras los idiomas de origen ario son los más extendidos, los pueblos que pueden vanagloriarse de tener por antecesores á los arios son en cambio los menos numerosos.

Cuando la raza blanca, que designamos bajo el nombre de raza aria, penetró á su vez en la India, hubo de combatir, no á pueblos salvajes, tímidos y apenas armados, sino á los potentes Estados, organizados vigorosamente, que habían fundado los turanios. Sometió desde luego los de la cuenca del Indo y residió

allí largo tiempo antes de aventurarse en el Oeste ó el Sur de la península.

Quince siglos antes de Jesucristo, los arios no habían ido más allá de la región protegida por los montes Vindhya. Habían impuesto su yugo á los turanios del Norte, para los que crearon una tercera casta, la de los vaisyas, que sigue á la de los brahmanes y los kchatryas, mientras que los indígenas entraban todos en una cuarta casta inferior, la de los sudras.

Quince siglos aproximadamente antes de Jesucristo fué cuando los arios emprendieron su expedición, que constituye el argumento del *Ramayana*, la *Ilíada* india. Penetraron en el Dekkán bajo la dirección de su jefe Rama. Después de mil hazañas, llegaron á la extremidad misma de la península y obligaron hasta á los habitantes de Ceylán á reconocer sus leyes.

Cuentan los heroicos relatos del *Ramayana* que los arios tuvieron que combatir á formidables gigantes y derrocaron con la ayuda de los monos los tronos de los pujantes y magníficos monarcas de los Nagas ó adoradores de serpientes. Es preciso, sin duda, ver en esos Nagas los primeros conquistadores turanios que habían establecido en el Sur de la India brillantes imperios y que se entregaron en efecto, con las antiguas poblaciones dravidianas de que eran los amos, al culto de las serpientes, y puede creerse que los monos que tan útilísimo concurso prestaron á Rama fueron las poblaciones negras primitivas.

Esta expedición de los arios por el Sur de la India fué, por otra parte, más una marcha militar que una invasión y no dejó apenas huellas en el país invadido.

Hacia el siglo iv de nuestra era fué de nuevo invadida la India por un pueblo probablemente ario, los rajputes.

Estos rajputes, ó hijos de reyes, como lo indica su nombre, guerreros valientes, todos iguales entre sí, se hicieron reconocer como kchatryas y se establecieron en el país que se extiende al Este del Indo hasta más allá de los Aravulli y que aún hoy se llama el Rajputana.

Hemos visto que en el Nordeste y en el Este de la India, las

invasiones llegadas por la *puerta turania* habían hecho predominar la raza amarilla que se había mezclado más ó menos con los negros y había sufrido mas tarde, en la cuenca del Ganges y en el Sur del Dekkán, el contacto de los turanios. Resumiremos asimismo los resultados de las invasiones llegadas por la *puerta aria* diciendo que franquearon el Noroeste y el Oeste de la India á las razas turanias, sometidas bien pronto á una selección aria, y produjeron, tal como lo hemos indicado, efectos morales absolutamente distintos de los efectos físicos y materiales.

Si partiendo del Norte hacia la región occidental, como lo hemos hecho para la oriental, observamos el Pundjab, vemos que los jates, los gujares y los sikhes, que parecen ser pueblos turanios, forman más de tres quintos de la población, y que sólo el resto se aproxima por el color de la piel á los arios. Más abajo encontramos los rajputes, que se aproximan á la familia aria, pero no constituyen una rama pura. La población del Guzerat está muy mezclada, pero los turanios dominan allí. Las mesetas elevadas que encierran al Sur la cuenca del Ganges y los montes Vindhya, á los cuales tocan, marcan el límite del elemento ario. Más abajo de esta región desaparece casi enteramente; pero si no interviene más en la apariencia exterior de los pueblos, las instituciones y las creencias arias siguen con frecuencia preponderantes. Más allá todavía de Bombay, sobre el doble flanco de los Ghates, está establecido un pueblo belicoso cuyo papel fué muy importante, los maharattes, de origen turanio, en número de muchos millones. A medida que se avanza hacia el centro ó que se descende hacia el Sur, la civilización aria y la fisonomía turania se confunden cada vez más con la masa de la población dravidiana. De las mezclas en proporciones muy diferentes de estos elementos han nacido: los bhiles, que la invasión rajputana rechazó á las montañas y que son protodravidianos muy poco modificados por los turanios: se encuentran asimismo en algunas de sus tribus tipos de poblaciones primitivas; ocupan los Vindhya occidentales y cuentan dos ó tres

millones de hombres; — los mheres, que tienen mucho de los jates turanios y habitan en la cordillera septentrional del Aravulli: su número es aproximadamente de 600.000; — los minas, que ocupan el reino de Jaipur en la alta cuenca del Ganges en número de 2 á 300.000; — los ramusis, los dhanges, que ocupan las vertientes de los Ghates occidentales y deben mucho sin duda al elemento dravidiano, que recuerdan su piel oscura, su nariz aplastada y sus pómulos salientes.

En el siglo XI de nuestra era comenzaron en la India las invasiones de los pueblos musulmanes. De muy diverso origen estos pueblos, árabes, persas, afghanos, mogoles, aumentaron la extrema confusión de razas que reinaba ya en el Norte de la India. Su dominación modificó considerablemente las costumbres, las creencias y la civilización en las cuencas del Indo y del Ganges; pero no se mezclaron ni muy completamente ni en gran número con las antiguas poblaciones para que su triunfo señalase el nacimiento de ningún nuevo grupo étnico.

Después de este rápido resumen y esta división á grandes rasgos de las poblaciones de la India en cuatro grupos principales, kolariano, dravidiano, turanio-ario y thibetano, vamos á proseguir el estudio de las razas secundarias cuya fisonomía es bastante distinta para haber merecido un nombre particular, y á entrar en algunos detalles sobre su apariencia exterior, su origen probable, sus costumbres, su religión, el papel que han desempeñado en las diversas épocas y el que aún desempeñan. Terminado el estudio de estas particularidades propias de cada uno de los pueblos de la India, podremos entonces en el curso de esta obra ocuparnos sólo de los usos, de las costumbres, de las instituciones y de las civilizaciones cuya descripción es aplicable á la mayoría del pueblo indo.

CAPITULO II

RAZAS DE LA INDIA SEPTENTRIONAL Ó INDOSTÁN

1.º — POBLACIONES DEL HIMALAYA

Las altas mesetas del Himalaya occidental y la mayor parte de los valles que dominan pertenecen geográficamente, no á la India, sino al Thibet. Tienen igualmente conexión con este último país desde el punto de vista etnológico.

Los pueblecitos que los habitan, y de los cuales muchos son antiquísimos, se han agrupado poco á poco en esas regiones difícilmente accesibles. Vinieron de ordinario del Thibet, alguna vez de la India, pero jamás como conquistadores, pues la naturaleza de esos países montañosos hace toda invasión armada imposible; por la misma razón han escapado hasta el presente al yugo de los extranjeros y conservan generalmente su independencia.

En los valles meridionales del Himalaya, allí donde el montañés se encuentra en contacto con el habitante de las llanuras, el tipo thibetano se borra cada vez más, la religión y las costumbres se indianizan y la dominación está generalmente ejercida por una aristocracia rajpute en la que están comprendidos los rajás.

Himalaya occidental (Ladak, Balti, Dardistán). — Las regiones montañosas en las cuales el Satledj, el Indo, el Chayok, corren del Este al Oeste antes de encontrar una salida á través del enorme macizo del Himalaya occidental, están habitadas por diversos pueblecitos thibetanos, compuestos de hombres de cara larga, ojos ligeramente oblicuos, cabellos negros y lisos y barba rala. El carácter de estos montañeses es dulce, servicial, activo y alegre á toda prueba. No tienen todos la misma religión; mien-